



El grito del profeta ha rodado por la calle vacía;
tras la celosía el joven se ha mirado en un espejo
convencido de que su cuerpo se ha hecho
para el lecho del amor, no para el altar del sacrificio,
a donde unas canas disimuladas desean arrastrarle
ocultando tras la adulación su lujuriosa impotencia.

La oración fúnebre está encargada al viejo maestro del pueblo, avisadas
las comadres, que buscan con premura de asalariadas el luto postizo
y la pena ficticia que conmueve y excita al pueblo que debe lamentarse;
las lloronas y las rezadoras han comenzado el primer acto del espectáculo
apalabrado de antemano por el padrino, en unas monedas de cobre,
la cena y una copa de aguardiente al filo de la madrugada
por la salud del muerto y el descanso de los vivos.
Todo realizado con modales circunspectos y ritus afectado,
aunque por dentro están satisfechos de haber conseguido a tan bajo costo
el proceso completo: víctima, sacrificio, rito, héroe y leyenda.

Mientras renchían los brasero en el velatorio
el difunto ha comprobado que su derrota
no es el triunfo de la muerte, sino la victoria
que la mediocridad obtiene nutriéndose
hasta la saciedad del cadáver de los vivos.

F. Javier CAMPOS

